UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA.

DISCURSO

LEIDO EL DIA 15 DE NOVIEMBRE DE 1854,

EN LA

SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS,

POR EL RECTOR

DON ANTONIO MARTIN VILLA.



SEVILLA:
IMPRENTA.—LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANGERA,
calle de Olavide, núms. 4 y 5.
1854.

ILMO. SEÑOR.

Entre las disposiciones del vigente Reglamento de estudios, dignas de excitar el celo de este esclarecido Cláustro en el fausto dia señalado para abrir las clases públicas, ninguna me pareció tan acomodada á mi corto ingenio, como la del artículo 66, donde se ordena que solo en la lengua castellana se hagan las explicaciones y egercicios, para los cuales no estuviese prevenido el uso de alguna otra. Oradores felices que podian sin peligro alzar el vuelo, discurriendo en estas ocasiones, ya sobre el impulso dado á las ciencias, ya sobre los nuevos y maravillosos descubrimientos hechos en ellas, prepararon mejor vuestro ánimo y los de la juventud estudiosa á proseguir con mas constancia y deseos de gloria la noble empresa de enseñar y aprender. Todo parecia admirablemente dispuesto al triunfo de la elocuencia. Restituido el vigor que consumieron largas vigilias; acaso saciado el espíritu de la misma ociosidad que hubo de menester para alivio de la salud perdida; aguardaba con impaciencia el momento de oir la voz que, exhortándole, volviera á mostrarle el camino y abrirle los tesoros del saber. Entónces las arengas eran como una introduccion á los estudios del curso, para inflamar la mente con un rayo de la luz que habia de alumbrarla durante el período de los trabajos académicos. Tal fué para el genio el argumento fecundísimo de las oraciones inaugurales; el único propio de este sitio y tolerable á vues-

tros delicados oidos. Yo, tras de una tormenta mandada por la divina Providencia, que acaba de arrebatarnos dos de nuestros amados compañeros, y con mal reprimidos sollozos, escojo otro mas humilde, aunque no indigno de vuestra indulgencia, si, recordando el orígen que tuvo el uso de la lengua latina en nuestras escuelas y las grandes obligaciones que le deben la castellana y las ciencias, acierto á deducir la urgente necesidad de someter á nuestro hermoso idioma la tecnología científica, y de restituir á la elocucion la propiedad en las voces y en las construcciones, las gracias nativas y la armonía en las sentencias, el agradable artificio y variedad en nuestros metros. Porque si ni aun en los tiempos anteriores fué lícito á los catedráticos ser menos esmerados en la patria lengua, hoy que han de usarla en la enseñanza, deben cultivarla y aumentar la riqueza heredada de nuestros padres.

Cuando se fundaron las Universidades de Europa, estaban en la infancia las lenguas vulgares, ó no se habia desbastado la rudeza de ellas, incompatible con la variedad, exactitud y ornato que demandan para sus obras las ciencias. Luchando entónces con los restos del imperio romano razas y pueblos vencedores, que carecian de un dialeto abundante, generalmente recibido y capaz de substituir á la lengua culta del Lacio, principiaron á formarse otras hablas, derivadas en parte de la de los dominadores, y en parte de la madre comun que por tanto tiempo habia sido la del mundo conocido. En medio de la confusion de aquella época memorable, la necesidad de comunicarse unas naciones con otras y de conservar la memoria de los hechos, fué causa de que los mas doctos se valiesen con preferencia en sus escritos del latin, no sin arte y á veces con elegancia: en latin se extendian tambien los convenios y documentos mas importantes. Así, á pesar de haberse adulterado y corrompido en España esa lengua y de estar muy adelantada la forma de nuestro romance, el piadoso y culto Arzobispo D. Rodrigo, D. Lucas de Tuy, Alfonso de Cartagena y otros ilustraron en sus escritos latinos la historia patria, al mismo tiempo que San Ramon de Peñafort, Raymundo Lulio, Arnaldo de Villanova, y algo mas tarde el insigne D. Alonso Tostado, Obispo de Ávila, encendían la antorcha de la Teología, de los Cánones, de la Filosofía y de la Medicina.

Obligaba, no solo á retener el uso del latin, sino á escribirlo con arte y correccion, otra causa, tal vez la mas poderosa de todas. La Iglesia que vive de la doctrina y de la enseñanza, dió los primeros impulsos á la fundacion de las Universidades, ya erigiéndolas, ya prestando su auxilio á los príncipes y magnates que ponian sus manos para levantar estas casas, siguiendo el egemplo de la Italia. Por donde el estudio de las ciencias sagradas, que fué el primero de nuestras escuelas, fomentó el del latin, como vínculo estrechísimo entre las Iglesias católicas; á que se agregó el consejo de la prudencia, que invitaba á conservar mejor el depósito de la fé en un idioma, ya exento de las variaciones y caprichos del uso cuotidiano.

Una vez escogida la lengua latina para servicio de las ciencias y para la enseñanza de la juventud, con exclusion de las modernas, se siguieron varios efectos que conviene referir ligeramente por el grande influjo que tuvieron en las Universidades. Fué el primero haberse enriquecido la lengua misma con el inmenso caudal de la tecnología científica. No era posible componer obras latinas con la copia y perpétua elegancia de Ciceron; pero sin embargo de que los oradores y poetas hallaban recursos abundantísimos, patrimonio inestimable de la lengua latina, Roma que nunca tuvo entre las naciones antiguas el cetro de la filosofía, era, no obstante su inmenso poder, menos rica en voces propias y acomodadas á las ciencias. De esa falta ya se queja muchas veces el mismo Ciceron, y la alega en sus escritos filosóficos como prueba de la necesidad en que se veía de recurrir al Griego para expresar varias ideas con la palabra propia. Véase tambien por qué los filósofos y sábios que reedificaban ó levantaban de nuevo en la Europa el edificio de las ciencias y las letras, acudian al inconveniente de la escasez de la lengua latina, bien adoptando la nomenclatura Griega, bien reformándola con palabras compuestas de distintas raices, ya acomodando alguna latina mas análoga á la idea nueva que se expresaba, ya asignando y como fijando una voz peregrina que el uso constante legitimó despues.

Hasta las versiones sábias del Griego, cuando en ellas no se debilitaban con cultas perífrasis los pensamientos originales de Platon, Aristóteles, Hipócrates, Euclides y otros, contribuyeron po-

derosamente al prodigioso aumento de la lengua latina y á que sirviese como depósito de toda la riqueza de varios siglos gloriosísimos. Decir con los libros en las manos que varones tan insignes como Alberto magno y Santo Tomás, Bacon y Descartes, Copérnico y Keplero, Newton y Leibniz escribieron en lengua latina, es probar que el gran rio de las ciencias, confundiendo sus aguas en el Tíber, habia fecundado los campos que ántes ornaron de siemprevivas Virgilio y Horacio.

Ni solo las ciencias y disciplinas mas estimadas, sino las artes hacian ostentacion de sus adelantamientos y propagaban sus luces en la lengua latina, como lo acreditan diversas obras de naútica, de arquitectura, de diseño, escritas algunas con excelente estilo. Aun muchas de recreo y pasatiempo se compusieron y publicaron en la misma lengua, como asimismo la mayor parte de las pertenecientes á las antigüedades y á la erudicion. Diríase que el genio, recelando que yacieran en la ignorancia y olvido sus pensamientos originales, aspiraba á la eternidad, justamente merecida, por medio del habla triunfante de los siglos y entónces la única capaz de prometer la gloria.

No fué, por tanto, el estudio del latin una moda caprichosa, como creyeron algunos, sino una necesidad para cuantos se distinguian por sus conocimientos, ó deseaban adquirirlos. De donde nació tambien el deseo de entenderlo profundamente y de hablarlo y escribirlo con propiedad y elegancia. Semejante empresa obligaba á leer y meditar dia y noche los grandes maestros latinos; y así como no era posible oir una arenga de Ciceron, sin ser arrebatado por su elocuencia vencedora, tampoco era hacedero que literatos imbuidos en el espíritu del Lacio fuesen indóciles al aguijon que habia de moverles, para trasladar al idioma patrio la abundancia de voces y las bellezas de elocucion, que tan agradablemente los deleitaban y seducían. Si ese idioma manaba de fuente latina, como el español, el deseo debió de ser tanto mas irresistible, cuanto eran mas fáciles de transferir aquellos primores y mas adecuado se presentaba el instrumento para afiligranar la obra. Véase en prueba de esto, como á la declinacion del siglo quince y á mediados del diez y seis, época en que nuestros escritores latinos, Nebrija, Vives, Sepúlveda, habian arribado á la perfeccion

conseguida por los Victorios, Manucios y Erasmos, aparecen insignes poetas y prosistas españoles, los cuales vistieron su lengua con ropas tan vistosas y delicadas, que, perdido ya el áspero desabrimiento de la infancia, rivalizaba con su hermosa madre, y por veces aparecía ser hija muy mas hermosa. Garcilaso y Granada coincidieron con los escritores latinos ántes mencionados; y este hecho explica en parte el fenómeno increible de las nuevas gracias y riquezas y desusado ornato de los versos de Salicio. Porque la perfeccion con que se escribia el latin, mas bien que las imitaciones de los poetas italianos, abona y justifica la perfeccion con que en aquel tiempo se manejaba el romance.

Y á la verdad, tomando por ejemplo á Garcilaso mismo, se observa con asombro en sus poemas, que, cuando imita á Virgilio y á Horacio, no se contenta con apoderarse de los pensamientos de sus maestros, sino que traslada y se esfuerza dichosamente por conservar tambien las gracias latinas de estilo y de diccion. Si me fuera lícito abusar mas tiempo de la indulgencia con que os dignais de escucharme, confirmaría con varios pasages mis observaciones; mas baste el recuerdo de los conocidos versos de sus églogas, en que imita á Virgilio, y de la bellísima cancion á la flor de Gnido, en que sigue las huellas de Horacio.

Vinieron mas tarde los Brocenses, Montanos y Matamoros; y el habla de Castilla adquiere nueva lumbre en las obras de Leon, Herrera y los Argensolas, y en las de Mendoza, Rivadeneira y el gran Cervántes. De los cuales no solo se sabe que cultivaron con mucho esmero y escribieron algunos el latin, sino que en sus libros se ve el empeño de acrecentar el castellano con las bellezas de la diccion latina. Granada y Cervántes dieron á las construcciones y períodos de la prosa la pompa, armonía y variedad convenientes á los argumentos graves y magestuosos: Leon, mas osado, aumentó el artificio de las frases: Mendoza consigue sin esfuerzos dar á su breve cuanto sabrosísima historia el colorido y gusto de los latinos. Y ¿cuántas bellezas de diccion no trasladaron en sus versos Leon y Herrera? ¿cuantos recursos no dieron al genio, acomodando la lengua á las cadencias sonoras de los números?— Cuando yo tuviese la vanísima presuncion de comprobar estas verdades con ejemplos, me retraería de mi empeño el trabajo de al-

gunos críticos muy conocidos de vosotros y dignos del aprecio que les dispensa el público, hechos con el discernimiento y gusto que no me es dado alcanzar.

Tampoco son necesarias mayores pruebas para mostrar que el segundo efecto que entre nosotros produjo el uso sábio de la lengua latina, fué la perfeccion y belleza de nuestra habla comun. Verdad importantísima que acreditan no menos nuestro siglo de oro, que el de la decadencia y corrupcion. Porque enseñoreadas nuestras escuelas por la escolástica depravada: perdido el gusto de la frase latina y de la propia del castellano; y adoptado el uso de las distinciones y sutilezas de la escuela; nuestros sábios, en gran parte comentadores y expositores, olvidaron su carácter de hombres de letras y que les estaba confiada la lengua de las ciencias. Un latin muy parecido al viejo romance de la corrupcion, substituyó á la frase de los Nebrijas y Brocenses; y los desaliñados vestidos de tosca gerga, en que aparecian envueltas algunas verdades científicas, sedujeron á los ingenios que arrastrados por algunos innovadores de talento, cayeron en el abismo de la depravacion. Séame permitido traer á vuestra memoria los comentadores de las Soledades y del Polifemo de Góngora, y los sermones de Soto Marne, puesto que los exornaba con selectísimas humanidades.

Pero apartemos la vista de ese período de nuestra historia literaria, y fijemos nuestra atencion en las consecuencias, ántes deducidas; á saber: que con la mejora y perfeccion de nuestra lengua habia coincidido el conocimiento, uso y gusto de la latina; asi como al estrago del castellano, que sufrió nuestra nacion á fines del siglo diez y siete y principios del diez y ocho, correspondió, con pocas aunque muy honrosas excepciones, el latin llamado de escuela, ó mejor, escritos macarrónicos.

Consideremos otra vez la época de nuestra gloria literaria. Si el uso de la lengua latina, cuasi general entre las personas doctas, habia contribuido poderosamente al acrecentamiento de la riqueza de la nuestra, es necesario reconocer igualmente una debilidad propia de la naturaleza humana, en que cayeron los profesores antiguos de nuestras Universidades. Acostumbrados á pensar y escribir en latin, á mirarlo como el lenguaje propio de las ciencias y de las letras y como la fuente de toda buena doctrina, desdeñaron

las lenguas vulgares, hubieron y reputaron la propia como menos digna de sus ideas y meditaciones, y aun menoscabaron la fama y méritos de sus compañeros, solo por haber osado dar á luz algunas obras en castellano; las cuales, segun su extraño dictámen, únicamente debieron escribirse y publicarse en lengua latina. Entre otros testimonios de esa injusta persuasion, permítaseme trasladar aquí los del doctísimo agustiniano Fr. Luis de Leon y del elegante Maestro Francisco de Medina.

Habia impreso Leon los primeros libros de los nombres de Cristo «para probar en ellos lo que se juzgaba de aqueste escrebir;» y halló con sorpresa maravillarse algunos de que un Teólogo de quien esperaban grandes tratados llenos de profundas cuestiones, hubiera salido al fin con un libro en romance. «Otros hay, añade, «que no los han querido leer, porque están en su lengua, y dicen «que si estuvieran en latin, los leyeran.» El ilustre Teólogo responde que «es engaño comun tener por fácil y de poca estima todo «lo que se escribe en romance; que ha nacido, ó de lo mal que «usamos nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, ó «de lo poco que entendemos della, creyendo que no es capaz de lo «que es de importancia; que lo uno es vicio, lo otro engaño, y «todo ello falta nuestra y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan «á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las «otras se halla.» Mas estas y otras reflexiones de Leon no convencieron los ánimos de sus contemporáneos, habituados al menosprecio injustísimo de la lengua pátria.

En el prólogo á las anotaciones á Garcilaso, escritas por nuestro insigne sevillano Fernando de Herrera, decía así el Maestro Francisco de Medina: «El tercero y mayor estorbo que nos ha hecho resistencia «(para perfeccionar nuestra lengua) fué un depravado parecer que «se arraigó en los ánimos de los hombres sábios; los cuales, cuanto «mas lo eran, tanto juzgaban ser mayor bajeza hablar y escrebir la «lengua comun, creyendo se perdia estimacion en allanarse á la «inteligencia del pueblo. Por esta causa aprendian y egercitaban «lenguas peregrinas; y con tal ocupacion y las de mas graves le«tras se venian á descuidar tanto de su propio lenguaje, que eran «los que menos bien lo hablaban. De modo que ellos que por su «condicion pudieran solos manejar con destreza estas armas, las

«dejaron en las manos del vulgo; el cual con su temeridad y des-«concierto ha usado de ellas en la manera que sabemos.»

Si á despecho de este y de otros testimonios que pudiéramos fácilmente recoger, dijera alguno que á Leon, que á Sanchez de las Brozas, que á Montano no les estorbó el ser varones de letras para escribir su propia lengua con esmero y elegancia, la observacion de que ellos y algunos pocos mas fueron honrosas excepciones de la regla comun, sería perentoria. Y aun añadimos que no obstante el mérito de esos autores en las obras castellanas, pensaron y escribieron mas en latin, y ganaron mas gloria con las producciones latinas, que con las publicadas en la lengua vulgar. Pocos son los que, como los dos Luises, ciñeron ambas coronas: la mayor parte, ansiosa de la gloria científica que reclamaba la sociedad de la lengua latina, menospreció el laurel cogido en las márgenes del Tajo.

Este egemplo y la depravacion que siguió despues, impidieron el mayor acrecentamiento y lustre del castellano. Cuando se ajó su pompa y se marchitó su corona, se cubrieron de espinas y abrojos los ántes floridos campos de nuestra elocuencia. Las Musas huyeron de nuestro suelo, y con ellas las ciencias, dejando no obstante derramadas algunas espigas que mas tarde producirian rica mies. Pero ántes que apareciese la aurora de la suspirada restauracion de las letras, gimieron obscurecidas con las negras sombras del ominoso estandarte levantado por el error. Rarísimo es el español, escribía el erudito D. Gregorio Mayans en el año de 1737, que sabe la gramática de su propia lengua. Tal habia de ser la suerte de la española, abandonada de los sábios de la nacion, que debieron conservarla, perfeccionarla y extenderla.

Sin embargo, el idioma castellano estaba ya formado y enriquecido. Al renacer las letras en el último siglo, podiamos adornar los discursos con galas y flores: podíase dar á las explicaciones en la Cátedra toda la exactitud, perspicuidad y gracia, necesarias á la enseñanza. Sucesos deplorables mostraron, ademas, la urgencia de propagar el uso del castellano en las provincias donde todavía se hablan dialetos especiales, y cuyos moradores no parecen, por esa sola causa, miembros de una sola familia é hijos de una misma madre. Véanse algunas de las razones que justifican la medida

adoptada en nuestro Reglamento; mas esa providencia con la atinada restriccion para los egercicios literarios que han de hacerse en latin, ó en otras lenguas, segun las pruebas de aptitud y la enseñanza lo pidan, impone á los Catedráticos grandes obligaciones en el recto uso del castellano.

En el estado actual de nuestras escuelas y de nuestro idioma, entiendo que es uno de los principales deberes de los Profesores el cuidado de trasladar al mismo todas las voces propias de las ciencias que cultivamos y enseñamos; porque el lenguaje científico ha de ser exacto y tan completo, como puede serlo en la Nacion donde se habla una lengua abundantísima de palabras y justamente celebrada de los que la conocen, aunque deprimida por otros que la ignoran ó la saben con imperfeccion. Este trabajo, muy adelantado en varias ciencias, é incompleto en otras, deja no poco que desear en algunas á los oidos delicados.

Notando esta falta algunos varones distinguidos, acusan de pobreza á nuestra lengua, porque no admite las voces y las formas ya recibidas por varias naciones de Europa, señaladamente la francesa, en cuyo idioma se expresan mejor las ideas halladas con los últimos descubrimientos. Crece la queja, cuando se observa que no es menos urgente la necesidad en la Filosofía; porque las investigaciones sobre la inteligencia humana, diversas y complicadísimas, han mostrado los inconvenientes de la nomenclatura hasta ahora adoptada, y el medio de allanarlos, ó sustituyendo otra, ó reformando la antigua. A lo cual se allega que en poco tiempo han aparecido ciencias, verdaderamente nuevas, pues solo existian sus gérmenes diseminados en distintas obras, y que las ya conocidas extendieron sus ramos ó los multiplicaron maravillosamente. Así, para dar á nuestros estudios la extension que los adelantamientos reclaman, es necesario, despues de un maduro exámen, que se divulguen por nuestras escuelas y que sean familiares á nuestra juventud. Mas entiéndase, al mismo tiempo, que no hay otro medio de promulgacion que la enseñanza, ni mas arbitrio para que esta se grabe en el ánimo de nuestros alumnos, que exponer y comprobar los descubrimientos hechos, y designarlos luego con la palabra propia que compendia y expresa todas las ideas.

Para que esa voz fugitiva se imprima en la memoria, se enlace

y asocie con la idea y sirva como símbolo que representa y acuerda las diferentes partes de la misma idea, ha de haber una exacta correspondencia entre la palabra y el pensamiento ú objeto que significa, con arreglo á la máxima de que «conviene imponer vo«cablos como emparentados con las cosas.»—Cual sea esa mas estrecha y exacta relacion, lo declara en el diccionario de las ciencias la voz ó raiz griega, si como acontece con frecuencia, gastamos del erario griego; ó la raiz latina, si acordándonos de la madre comun y de los trabajos hechos en los siglos anteriores, pueden buscarse los nombres en el gran depósito, propio y ageno, confiado á tan rica matrona.

Todavía no es bastante á los españoles acudir á una ú otra fuente, aunque de ellas nace sin duda la mayor parte de nuestras voces. Un pueblo que, como España, fué sojuzgado durante ocho siglos por otro pueblo, hoy bárbaro, y en algun período de su larga dominacion de los mas cultos de Europa, que hablaba una lengua, abundante muy mas que el viejo romance de nuestros mayores y procedente de las mas antiguas y sábias orientales; debió recibir del vencedor gran copia de palabras para suplir á la comun pobreza y para declarar con mas propiedad y energía la significacion de las cosas. Contemos, pues, entre los orígenes de nuestra lengua la arábiga, de donde hemos tomado y conservamos con sumo aprecio muchas palabras de uso cuotidiano y otras que pertenecen á los diccionarios de las artes y de las ciencias.

Es verdad que las voces de las lenguas orientales, que ya usamos, siglos hace, derivadas de la lengua arábiga, no son en tanto número como las recibidas del latin y, por su medio, del Griego; mas no es tan reducido su catálogo, ni son ellas de tan corta importancia, que no deban buscarsé y examinarse con las raices de donde se forman ó derivan, ántes de resolvernos á dar carta de naturaleza á una palabra extraña y acaso indigna de preferirse á otra mas propia y expresiva que ya hemos admitido. Desgraciadamente no estan bien explotadas las minas que poseemos de la Arabia, segun la opinion de varones doctos; pero tenemos ya algunas pruebas de su valor y de los quilates del metal precioso. Casiri, Conde y otros sábios de nuestro tiempo nos dieron algunas muestras, de que se aprovecharon nuestra historia y nuestra literatura; y con-

trayéndome mas á mi propósito, el ilustre Rojas Clemente, escribiendo de un solo ramo de la Botánica, halló en la lengua castellana un glosario de voces tomadas del Árabe, aptas y utilísimas para la agricultura. Por estas causas se consideró como un adelantamiento y especial patrocinio de las ciencias la fundacion en Madrid de una cátedra de árabe, que ya tuvimos en Sevilla y en algunas Universidades, y que hoy han restablecido y agregado á nuestras Escuelas los nuevos planes de estudios. Aprovechemosnos de esta enseñanza que desearon en vano nuestros padres; y ántes de recurrir á idiomas extrangeros, menos convenientes á los españoles, estudiemos con cuidado el nuestro, donde tal vez hallaremos en muchos casos abundancia de palabras para satisfacer en parte la necesidad presente.

Ved, Señores, cuantas fuentes nos dan sus aguas para el riego y abono de las plantas que cultivamos. Nos ofrece sus riquezas la lengua pátria: la arábiga nos auxilia; y la griega y latina nos brindan con sus caudales, reunidos por la venerable antigüedad y acrecentados por los filósofos y sábios de la Europa moderna; caudales de donde han tomado lo que hubieron de menester las Naciones que hoy se disputan la gloria de las ciencias.

No se me oculta que, trasladando nosotros las obras francesas, pudiéramos trasladar tambien la nomenclatura científica; mas ese método, puesto que fuera infalible, no debe satisfacer nuestra natural solicitud por el acierto en esta árdua empresa. Porque en vez de consultar nuestros libros y nuestros diccionarios, nos contentamos con los libros y diccionarios franceses; en los cuales, aun concediendo que siempre se haya hecho la derivacion de las voces científicas con escogimiento y perfecta inteligencia, sus autores ignoran que hay, ó no, otra lengua moderna, donde está ya admitida la palabra propia de la idea que ellos quieren expresar: ignoran tal vez si, consultando los orígenes de esa misma lengua extraña, habrá otra voz conveniente y mas adecuada al intento y mas grata á los oidos españoles: ignoran, por último, si restableciendo una palabra, anticuada verdaderamente, ó acaso no frecuentada, se provee á la necesidad que se experimenta en el idioma nativo. He aqui por ventura una de las causas que contribuye á que haya insensiblemente decaido la aficion á nuestra

lengua, y con ella el empeño de perfeccionarla.

Otro gravísimo inconveniente de recurrir solo á la lengua francesa para el vocabulario español de las ciencias es que nos creamos dispensados de tomar el agua del manantial puro, acaso porque está algo mas léjos de nosotros y necesitamos mas tiempo. Esta fatalísima costumbre, adquirida en la última época, ha ocasionado grandes daños en nuestras Universidades; porque estudiamos menos que debiéramos las lenguas, madres de la nuestra, y satisfechos con lo que hallamos en los libros franceses, nos hemos creido desobligados algunas veces de leer las obras magistrales de las ciencias: como si, consultando los pensamientos del genio creador, no se aprendiese mas que en las exposiciones y compendios; ó como si la llama que solo pueden comunicarnos las inspiraciones del talento, no encendiese mejor en nosotros el deseo de aprender y el amor á la verdad y á la belleza.

De aqui procede que desestimemos los idiomas que mas nos conviene saber; que nos hayamos impuesto la obligacion de recibir la mercancia que nos viene de la otra parte del Pirineo; que nuestra facundia pareciera agotada, si no la acreditasen escritores contemporáneos y esclarecidos; y por último que nuestras palabras modernas, ya pertenezcan al uso comun de la vida, ya á las ciencias y artes, ofendan los oidos y no se graben nunca en la memoria. Porque observadlo, Señores, mientras una voz castellana no tenga derivacion y forma propias y legítimas, no esperemos que pase á la posteridad, como no sea para prueba de la decadencia y corrupcion del lenguage.—Imprimamos, si; imprimamos en la mente de nuestros alumnos la idea de que para la formacion y derivacion de una palabra nueva hay reglas, deducidas, ya de la índole propia del castellano, ya de las permutaciones de letras, bien de la supresion y aumento de las vocales, bien de las desinencias. Y en tanto que una voz lleve en su sello la señal de la violencia con que ha sido acuñada, ó su prolacion desapacible lastime los oidos, no esperemos que sobreviva mas tiempo que el que dura la moda de los vestidos.

Pensaron algunos no ser posible el acrecentamiento de nuestro idioma con el lenguage de las ciencias, ni que la diccion castellana tuviese las dotes de claridad, necesarias para la exactitud severa de las análisis de las ideas. Estas acusaciones son infundadas. Cuanto

á la primera, nadie ignora que los trabajos científicos escritos en la lengua latina hasta nuestro siglo, son el depósito comun, de que han gastado y continuan gastando las naciones cultas de Europa. Y ¿será lícito, como dice Horacio con otro motivo semejante, quitar á Vario y á Virgilio lo que concedieron los mayores á Plauto y á Cecilio? ¿Privaremos á nuestros sábios de las facultades de sus predecesores, cuando formaron, trasladando, la tecnología de ciencias que entónces eran nuevas en nuestra lengua? ¿Se dirá con razon que despues de haber sometido al dominio de ella las palabras y las construcciones latinas, nos estaba vedado eso mismo con las voces consagradas á la expresion de las ideas filosóficas y científicas que son como el patrimonio de nuestros estudios?

Pero es inútil toda respuesta. La obra no está ya en los principios, sino muy adelantada. ¿Qué son las Partidas, si se las considera literaria y científicamente? A las altas dotes de Código, el mejor de la Europa en el siglo trece, añaden el mérito singularísimo de ser un modelo de diccion castellana, no solo por el artificio de su frase, sino por la propiedad y belleza de las voces. Entre las cuales llaman la atencion de los críticos observadores las técnicas que trasladan con grande acierto, ó substituyen con otras propias, admitidas ya en la lengua. Este libro, digno de la veneracion con que lo respetamos los españoles, y del aprecio que en todos tiempos ha merecido á la Europa sábia, abrió el camino para formar el lenguage propio de la jurisprudencia, y para escribir otros Códigos, cuadernos legales y leyes que en nada ceden á las mas celebradas en cuanto á la concision, claridad y correcto estilo.

La tecnología de la Jurisprudencia, lo mismo que la de las Matemáticas, es ya vulgar entre las personas medianamente instruidas. De intento he querido citar la última, porque constando de mas palabras derivadas del Griego, aunque por medio de los grandes matemáticos de los siglos 16 y 17, que las trasladaron en sus obras latinas, es un egemplo del modo con que podemos transportar á nuestra habla el vocabulario de las ciencias, sin ofensa, ántes bien con crédito y gloria de nuestra Nacion.

Permitid, Señores, que todavía me valga de otro egemplo insigne, para refutar tan extraño dictámen. Elijo la Botánica; ciencia que si con verdad no podia llamarse nueva entre nosotros sin

injurioso olvido del catálogo de nuestros escritores, lo fué en su tecnología, creada ó perfeccionada en parte por Linneo, y mas completa despues por los grandes escritores que han sobresalido en nuestros dias. Sin embargo, la novedad no impidió á Gomez Ortega, á Cabanilles y al ántes citado Rojas Clemente, para que trasladasen con acierto al castellano todas las voces necesarias á la expresion del número prodigioso de ideas y delicadas observaciones hechas sobre las partes esenciales, órganos y situacion de las plantas, de sus distribuciones en clases, órdenes, géneros y especies, ó en familias y tríbus. Esta tecnología (digámoslo con orgullo) es hoy conocida en España, merced á la suma diligencia de los talentos empleados en el estudio y adelantamientos de la ciencia.

Véase tambien en este ejemplo una prueba mas de las reflexiones que ántes habíamos hecho. Gomez Ortega, Cabanilles y Rojas Clemente, lo mismo que sus compañeros y discípulos, trasladaban á su lengua la desconocida nomenclatura, porque bebieron las aguas de la fuente misma, no de los arroyos que corren sobre no limpios terrenos. Todos fueron insignes latinos: algunos eran versados en las lenguas orientales; y ninguno ignoraba la extension é índole de su lengua propia, con especialidad Rojas Clemente que la escribía con mucha correccion y elegancia. ¿Será esta la causa de la mejor suerte que tuvo entre nosotros la Botánica? ¿de los mayores progresos hechos en ella, comparados con el de los otros ramos de las ciencias naturales y con el de las físicas? Temo la justa reprehension de los inteligentes ante quienes hablo, y no quisiera que se digese de mí que juzgaba temerariamente; pero si esta no fué la causa única, ni aun la principal, no dejó de contribuir al lustre de la Botánica. Herrgen y Proust que por sus extraordinarios conocimientos pudieron hacer lo mismo en la Mineralogía y en la Químiea, eran extrangeros que habian de menester la correccion del ilustre Clavijo, ó de algun hablista instruido en el ramo; y el mismo Clavijo, á quien sin duda no faltaban medios para hacer á su pátria este servicio, traducia en elegante prosa á Buffon, el mas irreconciliable enemigo de los nomencladores.—Fácil seria acumular pruebas en otros ramos del saber humano, sobre los cuales escribieron en nuestra pátria lengua con propiedad y escogimiento algunos sábios contemporáneos; pero no

es mi intento formar la historia, sino recoger algunos hechos capaces de llamar vuestra atencion y excitar vuestro celo para dirigir á la juventud española, desembarazarle el camino y allanarle las quiebras y cuestas que á veces la detienen en su carrera.

Aun es mas injusta la segunda parte de la acusacion. A la verdad, no son muchos los libros elementales que pudiéramos poner como modelos correctos de lenguage, estilo y exactitud rigurosa en los raciocinios. Sin embargo, ni carecemos de algunos que sirvan de ejemplo, ni faltan escritores de nuestros dias, que desmientan en sus obras la calumnia. En castellano están escritos los tratados de Matemáticas de nuestro muy insigne catedrático y doctor don Alberto Lista y el *arte de hablar en prosa y verso* de don José Gomez Hermosilla. Juzgados estos libros, solo en cuanto al estilo y diccion convenientes á una obra didáctica, de ciencias exactas los unos, y el otro del género filosófico, no se dirá con justicia que les falta claridad en la exposicion, exactitud severa en los raciocinios, en las palabras y en las construcciones propiedad, y por último la concision y gracia que admite este género de escritos. No juzgo que lo que hicieron estos dos célebres literatos y sábios no puedan hacerlo tambien cuantos lo intenten con los mismos recursos y dotes de ingenio que estos escritores tuvieron.

Pero es vano el anhelo para probar verdades tan conocidas. Habla en favor de ellas, mejor que mis débiles acentos, el informe elocuentísimo sobre el expediente de la ley agraria; libro en el cual, ni la nueva doctrina se obscurece por la elocucion castellana, ni la propiedad de las voces menoscaba la elocuencia, ni las construcciones, siempre escogidas, perjudican á la fuerza de los raciocinios y al órden excelente del escrito, ni la armonía de los períodos impide que se hermane con la severidad filosófica de la economía y de la administracion pública. Veinte años despues se dió á la luz una obra de todos conocida, donde se examinan algunas cuestiones de derecho público, que se suscitan cuando un pais es acometido por un injusto invasor. Pocas veces se han visto reunidas tantas bellezas en nuestra prosa. Los giros, los períodos, las construcciones se acomodan admirablemente á las formas que conviene á la polémica, al exámen tranquilo, á la sábia exposicion de doctrinas filosóficas, á la energía y fuerza del raciocinio, á la severa censura de las acu-

3

saciones. Nada diré de la propiedad en la diccion, ó de la elocuencia blanda, acre, grave y magestuosa del discurso, porque el objeto de este no lo consiente. Osaré afirmar que estas dos obras y las de don Leandro Fernandez de Moratin son tres joyas de la lengua castellana, difíciles de imitar y mas difíciles de obscurecer. Y á pesar de ese mérito, de suyo eminente y raro, todavía reunen, el libro de Jovellanos y esotro político que he citado, uno quizas mayor, bajo el aspecto científico; porque se sometieron en ellos á las formas de la elocucion castellana tratados filosóficos, para los cuales no parecia tan preparada y dispuesta, como debiéra estarlo por otros ingenios.

Concluyamos, pues, que una lengua donde se han escrito obras de esta clase y tratados científicos, cuales son los anteriormente mencionados y otros que no se refieren para no ser prolijos, no puede acusarse de insuficiente para servicio de las ciencias y para la claridad y exactitud de las ideas filosóficas. Continuemos enriqueciéndola con el diccionario científico: formémoslo, como hasta ahora hemos hecho, consultando los orígenes del castellano y el castellano mismo; y persuadámosnos que tan grande obra no se completará de modo que dure en la memoria de los hombres y pase á nuestros últimos descendientes, mientras no unamos con lazos indisolubles á los estudios de nuestras escuelas el castellano y el latin, el castellano y el griego, el castellano y las lenguas orientales; porque todas ellas, asi como no pueden separarse para un español, asi tampoco es dado apartarlas de los demás ramos de las disciplinas humanas.

Observad Señores, cuanto adelanta la enseñanza con vuestra solicitud para completar la tecnología científica, para transferirla al castellano y para disponer de modo el ánimo de nuestros jóvenes, que nunca usen términos extraños ó no recibidos todavía en nuestra lengua, sino los que sean propios y admita el uso sábio. Las ideas se comprenden y retienen tanto mas fácilmente, cuanto es mayor el conocimiento de la propiedad y fuerza de los signos que las expresan.

Hay, sin embargo, otra parte de la lengua, cuya enseñanza y recto uso pide toda vuestra atencion y cuidado. Hablo de las construcciones castellanas ó de la sintáxis. En vano blasonariamos de la

pureza de nuestros vocablos, si alteramos el propio régimen que los enlaza; si nuestras construcciones son siempre semejantes; si no hay variedad en los giros; si formamos y concluimos simétricamente los períodos; si por seguir usos extrangeros, perdemos nuestros modismos; si en la estructura de las sentencias no consultamos la armonía y, sin violentar la sintáxis y evitando el detestable vicio de la afectacion, no cuidamos que las cláusulas guarden el órden analítico de las ideas, cuando nos proponemos instruir y explicar, ó las palabras lleven el desórden aparente que conviene para presentar como imágenes, cuando queremos mover la fantasía, las cosas que mas la agitan y arrebatan. De esta pingüe herencia hemos de estár muy reconocidos á nuestros mayores; porque despues de haber sacudido el ominoso yugo de la servidumbre agarena, y de haber llevado á otro hemisferio el estandarte de la cruz, nuestras leyes y nuestra cultura, nos legaron una lengua, rica entre todas las vulgares, y no menos digna de alto aprecio por el vario artificio de su sintáxis.

Desde la frase en que llanamente se sigue el órden natural de las ideas, hasta el ingenioso trastorno de la estructura latina, admite nuestra lengua estilos y modos diferentes. Y sin embargo de la humildad propia de un género y del arte que exige el otro, en ambos puede escribirse, y se escribe con suma perspicuidad, con gracia, con agrado, con belleza. Apénas hay figura de diccion, por osada que parezca, que no la hayan usado nuestros hablistas y de que no nos dejaran modelos para la imitacion. Partimos el adjetivo del substantivo y los usamos ambos como nombres apelativos, diciendo de Apolo que cantaba y

«En oro y lauro coronó su frente.»

Ya invertimos las proposiciones al representarnos con el estrago de una batalla gloriosísima, para las armas españolas,

«En turca sangre el ancho mar cuajado:»

Ó para mas energía y viveza las acumulamos, cuando el desamparo y tormento de una muerte inevitable, fuerzan á la víctima á que pida «dentro en su corazon» el necesario auxilio: O bien buscando mas novedad y gracia de la frase, expresamos haber visto las cosas «*por entre* las verjas y resquicios,» y que «estando alguno *de por medio*, se componen los disgustos:» Ya en fin osados y libres las

suprimimos del todo, y los versos corren sin trabas que los embaracen; bien si pintamos al solitario pastor,

«Entrando de unas hayas la espesura,»

Bien si describimos á varios sentados

«Debajo un roble que movido al viento.»

Ántes acabaría la luz de este dia, que yo pudiese compendiar el vario y bellísimo uso que hacemos de los artículos, nombres, pronombres y verbos y de todas las partes de la oracion. Mas mis esfuerzos son innecesarios ante este docto concurso. Solo insinuaré que Lope, que Calderon, que Samaniego, que Iriarte, en estilo llanísimo, sin artificio alguno, escribieron composiciones llenas de sales, y bellísimas por su diccion conveniente al pensamiento original que desenvolvian; mientras que Herrera, no satisfecho con las alteraciones hechas en las palabras, trastorna todo el órden de las ideas, principia á veces el período por las circunstancias de la oracion, continua con el objeto castigado, sigue con el vengador, parte principal de la sentencia, y concluye con el verbo y con el lugar del tormento,

«Cuando con resonante
«Rayo y furor del brazo impetuoso
«A Encelado arrogante
«Júpiter poderoso
«Despeñó airado en Etna cavernoso.»

Leyendo esta estrofa, apénas advertimos los españoles la inversion: meditándola mas, comprendemos con estusiasmo que somos dueños de una gran parte de las bellezas que admiramos en las construcciones latinas de la prosa y del verso. Esta dote de nuestra diccion, adquirida muy desde los principios del habla, la hemos conservado hasta nuestros dias; y en confirmacion de ello y usando otra vez de vuestra benignidad, copiaré el siguiente trozo:

«Ya le celebro, y al son armónico
«Toda enmudece la selva umbría,
«Por donde el Tajo plácidas ondas
«Vierte, del árbol sacro á Minerva
«La sien ceñida, flores y pámpanos.»

Si conservando los acentos y los números, pudiésemos substi-

tuir á las palabras castellanas de este pasage otras latinas equivalentes, veriamos con satisfaccion que no difiere de esta la sintáxis Horaciana.

¡Cuantas ventajas conseguimos en nuestros escritos de todas clases con la variedad de las construcciones castellanas! Musicales son algunos períodos de Cervántes y Granada: Leon, Mariana, Mendoza, Aleman, Illescas y otros ciento los tienen rápidos, graves y magestuosos, acomodados á la narracion y al discurso: ligeros y graciosísimos aptos para el recreo y llaneza del trato comun: elípticos y vehementes, como demandan las nobles pasiones que nos arrebatan en el Foro y en la Tribuna: templados, limpios y clarísimos, segun pide el género filosófico: variados y jocundos para excitar el placer que alivia nuestras penas. Ora corren precipitados á manera de los torrentes: ora, cual arroyuelos, se deslizan festivos: ya, rios caudalosos, vuelcan sus ondas y braman con furia: ya mas tranquilos, imitan al Bétis que ostenta la pompa y dignidad régia: bien serpean en graciosos giros: bien saltando y regando las flores, cual pequeñas corrientes, convidan los zagalejos al canto.

No desdeñemos este abundantísimo tesoro de belleza, ni permitamos que se obscurezca y se pierda. Acordemosnos que tenemos libros, escritos en las sintáxis mas artificiosas de la antigüedad: en la de los árabes se compuso *el Conde de Lucanor,* segun el juicio del doctísimo don José Antonio Conde; la version lineal que del Job hizo nuestro sábio augustiniano, tiene el sabor de la Hebrea: á ejemplo de la del Lacio se formaron las obras ántes mencionadas; y en otra muy particular, propia tal vez de Castilla, poseemos muchos volúmenes, que son una mina inagotable de lenguage, de estilo y de ingenio. ¿Despojaremos de sus galas á nuestra elocuencia? ¿Olvidaremos que hasta los pensamientos mas sencillos están expresados en nuestra lengua, solo con el artificio de la sintáxis, de una manera maravillosa y eficacísima?

«O retorcido en tu corona hermosa
«Sus hojas tenderá el olivo sacro.»

Véase el efecto de la atinada colocacion de las palabras. El *olivo retorcido* es una idea comun en que apénas fijariamos la atencion: mas presentándose primero, como á la vista, el retorcimiento por propia virtud, y el acto seguido de moverse asi para exten-

der las hojas sobre la corona, no es *retorcido* un simple adjetivo, mas ó menos conveniente, sino una imágen que ha dado vida á la idea de regir los pueblos con la paz, de que es símbolo la oliva.

Y si con mas alto espíritu queremos cantar las glorias de la Patria y celebrar la belleza en las riberas del gran rio, vosotros, ilustres Profesores que enseñais la Literatura y la Poética, dirigid vuestros pensamientos á nuestra Prosodia: resolved las cuestiones que todavía la obscurecen: estableced mejor la teoría de los acentos y de los metros: pugnad por que se conserven y aumenten la armonía, la dulzura y la fuerza de la lira hispana: á vuestro celo está encomendada la conservacion de los metros, anteriores y posteriores á Garcilaso: no olvideis nunca que *aun pueden aumentarse muchas cuerdas á esa lira:* ved de qué modo egemplos felices nos han hecho dueños del sáfico, del adónico, del asclepiadeo: tal vez no sean infructuosos otros ensayos, como los del Pinciano y Villegas, para acrecentar el número de nuestros metros que luego acreditará el genio con cantos duraderos.

Profesores dignísimos de la Universidad de Sevilla, vengad la injusta censura lanzada contra los andaluces desde el autor desconocido *del diálogo de las lenguas.* Granada y Leon, Herrera y Rioja respondieron á las acusaciones con libros que veneran los de Castilla. ¡Que otros libros mantengan la lumbre de la gloria adquirida! ¡Que nuestra juventud, viva y despejada, sazone sus gracias, sus talentos, su ingenio y su ardiente fantasía con la dulzura del acento y con la eficacia de una prolacion limpia y correcta que exprese fielmente la palabra y pueda transferirse á la escritura!

Y vosotros, amados alumnos, delicias y esperanza de la Pátria, corred ansiosos á saciar vuestra sed en esta fuente purísima. Preparados están para vosotros los laureles que habeis de recoger en la Cátedra, en el Púlpito, en el Foro, en la Tribuna, en la administracion pública, y sobre todo en el trato familiar y contínuo con la Sabiduría. Vuestra es la gloria; pero entended que ninguna será duradera, ni la científica, ni la literaria, ni la eclesiástica, ni la militar, ni la civil, si no la asociais estrechamente con vuestra hermosa lengua. Por ella sola podeis conseguir y conservar la fama que merezcan vuestros escritos y vuestras acciones. Porque no los triunfos; no Maraton y Salamina hubieran salvado á la Grecia del

horror de las tinieblas, sino su profundo saber, grabado en el habla bellísima de los Atenienses. Por eso nunca fué esclava, aunque los Romanos ocupasen con egércitos sus tierras. La Grecia vencida, decía Horacio, aprisionó á sus fieros conquistadores, dándoles las artes. Debiera añadirse que tambien les prestó el auxilio de su lenguage.—¿Qué son ¡ay! Otumba y las victorias del Perú?—No penseis que han perecido para los españoles, mientras ambas Américas hablen el idioma de Castilla, que acuerda nuestras glorias y nos liga estrechamente á nuestros hermanos.—Así vosotros, estudiando y perfeccionando el habla de nuestros padres, conservareis y extendereis el renombre de España, que ya se dilata en ámbos mundos, y lo trasmitireis á la posteridad remota, muy mas glorioso que el de Grecia y Roma; y vuestras obras pondrán en olvido las de Ciceron y Demóstenes, las de Séneca, Aristóteles y Platon.



Habiendo concluido el Sr. Rector la lectura de su Discurso, el Sr. D. Adolfo de Castro, Gobernador interino de la provincia, dió principio á la del que sigue:

SEÑORES:

Nada mas lisongero para mí por el cargo que accidentalmente ejerzo, que autorizar con mi presencia el solemne acto de la apertura de esta Universidad literaria: nada mas honroso que rendir un homenage de respeto á la sabiduría, cuando esta se prepara á tender su manto generoso y civilizador sobre una juventud que anhela ser útil á la patria, que corre presurosa á aprender en lo pasado lo que conviene para lo porvenir, que aspira á emular noblemente las glorias de sus ilustres predecesores. No abre hoy sus puertas el templo de Jano sino el de Minerva. Si allí todo es por las armas y para las armas: aquí todo sea por la paz y para la paz, por la ciencia y para la ciencia, por la perfeccion y para la perfeccion del linaje humano.

El dignísimo Rector de esta Universidad ha dirigido su autori-

zada y elocuente voz á los alumnos, estimulándolos al estudio de las lenguas griega, latina y patria. No es ni puede ser mi intento ampliar lo que ha expresado cual se debia esperar de su honrosa reputacion, al tratar de las verdaderas fuentes del saber moderno, las obras de los antiguos Griegos y Romanos.

El estudio de la lengua latina no solo nos llama á sí por su utilidad altamente reconocida, sino tambien por las simpatías que deben inspirarnos génios preclarísimos españoles que en ella escribieron sus obras, que en ella se han dado á conocer por las naciones cultas, que en ella han hecho famoso el entendimiento de los hijos de nuestra magnánima pátria. Los nombres de los Sénecas y Lucanos, de los Marciales, de los Columelas y de tantos otros responden de esta verdad.

Sin el estudio de la lengua latina renunciad á la admiracion que os pueden causar los escritos de españoles del siglo XVI, dignos de competir en cultura con los del tiempo de Augusto: entregad al olvido á Luis Vives y á su filosofía, á Arias Montano y sus altísimos cantares.

Aprended en tan grandes modelos á expresar noblemente los pensamientos: la lengua Castellana con su sonora magestad y con sus formas varias, aptas para todo género de asuntos, os convida. No desprecieis su estudio como hacen los que imaginan que todo está en pensar bien, ignorando que en vano se piense bien, si lo que se piensa bien, se dice mal.

Felizmente Sevilla os presta todo linaje de modelos para perfeccionaros en el habla Castellana. Roldan os enseñará á exponer con dignidad los sagrados libros, Valderrama, digno de mas reputacion por igualar, si no exceder, á Fray Luis de Granada, os presentará rasgos admirables de la elocuencia del púlpito, Pacheco os ilustrará á formar obras didácticas, Herrera á cantar las glorias del Cielo y de la tierra, Rioja á llorar sobre las ruinas y las ambiciones de las Cortes, Medrano á competir con la gravedad de Horacio.

Sevilla conservadora de las artes y de las letras, Sevilla amante del buen gusto no puede menos de trasmitir á los discípulos de sus nobilísimas escuelas la doctrina sana que conduce á la perfeccion. ¡Dicha es entrar en el templo de la Sabiduría guiados por

guardadores tan severos de lo bueno! ¡Dicha es contar por Catedráticos, á discípulos de varones tan distinguidos! Si algo valen tradiciones tan respetables, si algo valen glorias tan ilustres, veneradlas como yo las venero. El talento de tantos autores no ha perecido ni podrá perecer con ellos. La voz del sábio que enseña no enmudece, cuando baja á la tumba. Para quien quiere escucharla, los siglos la repiten de nacion en nacion y de alma en alma.

He dicho.